



Carlos Valenzuela Solís de Ovando

Rebujña y remoquetes

Consta en documentos muy antiguos, que por el año de 1743 dos familias vecinas, de lo más encopetadas, protagonizaron un largo y ruidoso incidente, que terminó con algunas costillas quebradas y una cabeza herida. No hemos de extrañarnos, pues la ardiente sangre española no se detiene en miramientos de condición social cuando hay que defender los fueros, o cuando de terquedad se trata.

Vivían en la calle de San Francisco, que por aquel entonces se llamaba de San Juan de Dios por la iglesia que se levantaba en la esquina de la Cañada, dos familias que, si bien no tenían castillo por heredad, ostentaban al menos sendos blasones sobre los áticos de sus zaguanes. Eran éstas los Zárates y los Velásquez, aunque si queremos ser fieles a la verdad, deberíamos decir «las», pues el pleito comenzó con las señoras y se extendió a la servidumbre, razón por la que hemos tomado el apellido de ellas, ya que los maridos intervinieron, uno muy tarde y el otro jamás. Esta callejuela de desvencijados portones había comenzado como un sendero entre la Cañada y el Zanjón de la Aguada, hasta que los padres capachos decidieron lotear una parte de la chacra con que mantenían su hospital. En la primera cuadra vivían, una al lado de la otra, las familias de don Francisco Hosta, esposo de doña Teresa Velásquez, y la del capitán Francisco Durán, que había otorgado el sí matrimonial, hacía ya unos

cuantos años, a doña María Zárate.

Quizá la ausencia prolongada de sus maridos, uno en Lima y el otro en la guerra de Arauco, hizo que ambas vecinas iniciaran una calurosa amistad que, como todas aquéllas que se «toman de priva», terminan por transformarse con el tiempo en eterna inquina. Eran amigas inseparables, se prestaban mutua ayuda, cosían juntas las tiras de encajes sobre sus basquiñas, se acompañaban en los trajines religiosos y, como hacen todas las mujeres, endilgaban consuetudinariamente sus pelambrillos al calor de un reconfortante matecito.

Pero, cuando el ingenio del demonio comienza a escapar de la labia, se expone el hablador a que las malas lenguas empiecen a lamer los cimientos de su propia casa. Así, en una de esas lluviosas tardes de chismes, fue cuando doña María Zárate dejó caer, con toda inocencia, un comentario sobre la prolongada soltería de misiá Francisquita, hermana de doña Teresa.

-¿Sabéis, Teresita? El zambito José llegó el otro día con el cuento de que en el mercado de la plaza, unas criadas comentaban que la Panchita se mantenía soltera, no por falta de oportunidad, sino por tener demasiadas. Y esas enredosas decían que para qué quería marido, si lograba lo mismo sin amarrarse a un matrimonio.

Al oír esto doña Teresa brincó como si le hubieran clavado un agujijón en el centro de una llaga. Con los ojos relampagueantes, temblándole la mandíbula, apenas pudo articular en el paroxismo de la ira:

-¡Salid de mi casa, víbora asquerosa!

Doña María enmudeció estupefacta. Jamás imaginó que su amiga reaccionaría en forma tan violenta ante un chismecillo. Quiso agregar que ella no participaba de tales mentiras, mas no alcanzó a emitir palabra, pues doña Teresa, armada de una escoba, comenzó a propinarle tal cantidad de trancazos que optó por retirarse, primero con mucha dignidad, para poner luego los pies en polvorosa con los fustanes arremangados.

Este fue el inicio de una sostenida batalla vecinal que habría de prolongarse por mucho tiempo. La Velásquez, no contenta con la zurra de escobazos que le había largado, la persiguió hasta su casa, y, no pudiendo entrar pues la otra se había fortificado, comenzó a llamarla a voz en cuello con los peores improperios, atrayendo la atención del vecindario que, ingenuo y beligerante, unió sus ditirambos y denuestos contra la infeliz propietaria, sin saber a qué se debía tal alboroto.

Cuando la rebujiña se hubo calmado y doña Teresa regresó a su casa más tiesa y digna que un oidor ofendido, la barriada comenzó recién a preguntarse qué había acontecido. Todos sabían la fuerte amistad que unía a las vecinas, y no faltó una vieja que asegurara que todo se debía al mal de ojo, mientras alguna beata afirmaba que el capitán Durán se había metido en cercado ajeno.

Malquistadas las señoras, comenzó una guerra sorda entre la servidumbre de ambas casas. El zambo José María, que antes soplaba frases sabrosas y picantes a la mulatita María Engracia, sentado a horcajadas sobre la albardilla del paredón de la huerta, empezó ahora a espiarla, desde ese mismo mirador, para lanzarle cualquier basura al verla aparecer. A los pocos días fueron frecuentes las corontas de choclos, las cáscaras de sandías y melones y uno que otro excremento. Todo volaba sobre el tapial

para ir a ensuciar el patio de la otra casa, cuyas criadas, ni cortas ni perezosas, devolvían con un buen aporte de sus propios desperdicios. Por quítame allá estas pajas, alguna de las negritas desencadenaba de inmediato una sarta de dicterios que, al ser respondidos, transformábanse en una verdadera competencia de los más soeces insultos. Se enredaban en una de dimes y diretes que, partiendo desde las respectivas patronas, ensuciaban hasta las bisabuelas, pasando por todos los ancestros de las contendoras.

En esta guerra insólita, la Zárate llevaba las de ganar, pues el contingente de su servidumbre era mayor y con más abundante repertorio de palabras gruesas, toda vez que entre sus filas se contaba el zambo José María que se había criado entre los muchachos de la Chimba, a alguno de los cuales llevaba de vez en cuando para ensayar alguna nueva partitura. La Velásquez, en cambio, sólo podía apoyarse en la mulatita María Engracia, que si bien era suelta de lenguas metiendo cucharón y cucharilla, no podía competir con los chiquillos de la otra banda del río y terminaba por retirarse llorando a su habitación.

No contento con esta gresca de basuras y palabrotas, el zambito y sus amigos chimberos, generosamente regalados con el vino del repostero, idearon jugar otra mala pasada a sus vecinas.

Corría a través de todos los solares, por el fondo de las huertas, una acequia que, aprovechando el suave declive hacia las casas, servía para el riego de árboles y hortalizas, y como pasaba primero por la propiedad de la Velásquez para luego llegar al patio donde se encontraban los truhanes, taponearon el paso con ramas, trapos y barro del canal, de tal suerte que el agua rebalsada subió durante toda la noche, anegando no sólo la huerta, sino entrando también a las habitaciones de las moradoras que despertaron mojadas como taguas sobre un turbión de aguas sucias.

Sin embargo, esta bellaquería no satisfizo al negro ni a sus amigos que, si no en forma abierta y descarada, contaban con la tolerancia de la Zárate. Reunidos en conciliábulo, discurrieron otra granujada. Desde la Chimba trajeron, encerrada en una caja, una sarta de ratas hambrientas que durante la noche y saltando la tapia medianera, soltaron en las habitaciones de las pobres mujeres, dándose a la fuga antes de ser sorprendidos. Esta vez la escandalera fue terrible. Las infelices huyeron despavoridas a la calle sin percatarse de que sólo estaban cubiertas por sus camisones, mientras daban gritos atroces y juraban que había culebras y otras sabandijas.

Algunos peones madrugadores que guiaban sus carretas hacia la plaza mayor, se detuvieron para prestarles auxilio; mas, al ver a los inofensivos roedores, no pudieron esconder sus risas de burla. Un fraile franciscano, que venía desde el Conventillo a la primera misa del Convento Grande, se ofreció para espantar los ratones, y tras mucha persuasión logró que las mujeres regresaran a la casa.

Durante un tiempo las cosas se mantuvieron más tranquilas. Las Velásquez, que eran devotas de San Antonio, asistían diariamente a los oficios de la iglesia de San Francisco. Doña Teresa rezaba insistentemente para que regresara su esposo desde el Perú y pusiera término a este estado de cosas; doña Francisquita pedía con urgencia un marido que la sacara de su soltería y de ese vecindario tan atroz; y la mulatita Engracia suspiraba

porque volvieran los tiempos en que el zambito José le hacía arrumacos desde arriba de la tapia.

Pero el señor San Antonio parecía estar colmado de pedidos, que seguramente iba cursando en estricto orden de llegada, a diferencia de los señorones de la Real Audiencia que lo hacían según sus propias conveniencias. Pasaba el tiempo y, ni regresaba el esposo ausente, ni aparecía ningún doncel en el horizonte de doña Panchita, ni la negra Engracia alcanzaba la dicha en las telarañas de su alma.

Y así, todos los días desfilaban las dos Velásquez hacia la iglesia seguidas por la criada que les llevaba las alfombrillas en que se sentaban las señoras en el piso de tierra del templo, mientras escuchaban la santa misa. En aquel entonces la que tenía una alfombra podía ser mujer, pero la alfombra con mulata hacía a la señora.

Una de esas mañanas, el 30 de agosto de 1743, día de Santa Rosa, las mujeres venían entrando por la calle de San Francisco, cuando frente a la puerta falsa de la iglesia de San Juan de Dios, se encontraron con el zambo José que, con un cántaro sobre la cabeza, se dirigía al cequión de la Cañada en busca de agua, llevando en la mano el asta de un carnero que había recogido entre algunos desperdicios.

Al acercarse, no dio señal alguna que previniera a las damas; pero al pasar por su lado comenzó a escupirles las basquiñas con singular desenfado. Ante tal atrevimiento, la criada le atacó con el rollo de las alfombrillas; mas el descarado le dio un empujón y lanzó luego el cántaro sobre doña Francisquita, golpeándole fuertemente las costillas. Acto seguido, mientras las desvalidas mujeres se desgañitaban pidiendo socorro, golpeó la cabeza de doña Teresa con el asta, abriéndole una fea herida.

Un chacarero vasco llamado Javier Zubicueta, que transitaba al tranquilo paso de su caballo por el sendero de la Cañada, escuchó los gritos y, galante defensor de damas en apuros, clavó espuelas en la bestia y se lanzó por sobre el cauce en procura del asaltante. Sin desmontar, empezó a descargar una retahíla de fustazos sobre el desalmado que bien merecidos los tenía, en tanto urgía a las mujeres a abandonar el lugar.

Sin embargo, a los clamores femeninos y a los denuestos del caballero contra el tunante agresor, había salido al zaguán de su casa la terrible enemiga, doña María Zárate, seguida de cerca por su marido que venía armado con una vara de medir. Al ver que el enardecido vasco castigaba sin piedad a su esclavo, dirigieron su ira contra las damas que estaban por entrar en su casa y empezaron a insultarlas.

-¡Beatas! ¡Amigas de frailes! ¡Alcahuetas! -y una serie de otros insultos que aquí no se pueden repetir, pero que constan en los autos del proceso. Curiosamente están consignados en castellano, pues según las costumbres de la época, todo aquello que pudiera herir el pudor se escribía en latín en los documentos oficiales. Cabe pensar, sin embargo, que ya habían nacido algunos chilenismos que no tenían traducción a la lengua del Latio.

Al penetrar a su casa doña Teresa mandó inmediato aviso al alcalde Pedro Balbontín de la Torre. La obesa y cómoda autoridad se hallaba saboreando un segundo desayuno y pretextó que era fiesta de guardar; mas, como la criada le hizo ver que su ama se encontraba herida, hubo de dejar los subterfugios con temor de que se le acusara de rémora en el cumplimiento de la ley. Agitando una campanilla, llamó a su sirviente:

-¡Lucas! ¡Ve y dile al escribano don Juan Bautista Borda que acuda a la casa de las Velásquez!

-¿Velásquez? -preguntó el bobalicón.

-¡Las Velásquez, gandul! ¡La mujer de don Francisco Hosta!

El notario Borda se había hecho célebre porque fue quien notificó a los jesuitas de su expulsión del reino. Ambos certificaron la gravedad de las heridas y dejaron constancia escrita de que el mulato las había atacado «con sus infames manos».

Doña Teresa entabló querrela criminal en contra de sus vecinos, como instigadores del atentado, solicitando la reparación del reciente ultraje y de todos los anteriores de que había sido objeto.

Pero el capitán Durán tenía sus amigos entre los encopetados de la justicia y, pese a la publicidad que se dio al escándalo y a la rapidez con que circuló por todos los corrillos santiaguinos, se movió el eterno empeño, la gestión, el favor con favor se paga y todas las influencias de costumbre. Lo cierto es que al cabo de cuatro días, el corpulento alcalde declaró sobreseído el proceso, ordenando que se guardara perpetuo silencio sobre él, bajo multa de quinientos pesos.

La ofendida ocurrió a la Real Audiencia, pero los estirados y sordos oidores confirmaron la sentencia dos meses después, disponiendo que se siguiese causa sólo contra el esclavo agresor.

El granuja pagó sus delitos, pero los verdaderos culpables resultaron ilesos. Sin embargo, como siempre sucede cuando las autoridades son corruptas, el pueblo se toma la justicia. El propio vecindario de los Durán comenzó a hostigarlos en tal forma, que en corto tiempo hubieron de mudarse al otro lado de la ciudad.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo